

CAMPOS DE TRIGO ROJO

"Y comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel y era verdad que por él caminaba"

Miguel de Cervantes

Cerró las manos abrazando el calor de la taza de café. En la mesa reposaba la *Canon M6* dentro de la funda cuarteada de años. Miguel añoraba la época de reportero indocumentado, el sabor dulce del anonimato. A punto de cumplir los cincuenta y nueve, ocultaba detrás de sus ojeras algunas décadas de revolución idealista; gritos de espontaneidad intelectual y anhelos que se voceaban en medio de llamas, humo y adoquines. Capturaba con su cámara la adrenalina estudiantil, entre gritos; gases y golpes que ponían en jaque a las fuerzas gubernamentales. Era la sublevación de las piedras y las palabras. El diafragma se abría y cerraba espasmódicamente en cada disparo, mientras que el suyo propio permanecía inmóvil a la lucha, inmortalizando las brutales palizas de la policía a aquellos libertarios que portaban adoquines rojos en sus puños.

Deslizó con lentitud el dedo por las noticias de su *iPad*. En la boca el último sorbo de café. Y en el platillo el sobre de azúcar blanco sin abrir, con la frase del día: "Haz el amor y no la guerra" _ como si eso se pudiese elegir_. Sonrió con desgana tragando la saliva tibia. Fuera, el ruido del claxon impaciente de un coche llamó su atención. A través de la ventana vio como aquella mujer le sonreía mientras despedía con un gesto al conductor del vehículo. Silvia era la jefa de redacción del periódico para el que trabajaba desde hacía quince años como corresponsal de guerra. Había estado varias veces en la de

Libia; en Túnez en los atentados yihadistas; en La República Democrática del Congo; en Afganistán, y en multitud de conflictos en los que existen muchos denominadores comunes. Consecuencias tan graves sobre los países como la destrucción de las ciudades y campos de cultivo; enfermedades graves sobre las poblaciones; personas refugiadas; hambre y muerte. Con su cámara había dado testimonio de las más desoladoras tragedias humanitarias.

Se fundieron en un abrazo mudo, de amigos, casi fraternal. Con los ojos cerrados en busca de los latidos del otro. Lo hacían así, desde años, cada vez que Miguel volvía de cubrir una noticia en una zona de conflicto. Aquella fragancia aterciopelada de bergamota la hacía aún más provocativa y sensual.

— ¿Cuándo has llegado? Si me hubieses avisado te habría ido a recoger al aeropuerto.

— El vuelo se retrasó bastante y era muy tarde. Hubo muchos problemas para salir de allí. Cogí un taxi.

Dejaron que una burbuja de silencio les envolviera mientras se mimetizaba con el bullicio de la vida cotidiana. Silvia era una mujer muy guapa. Labios carnosos y nariz pequeña. De largas pestañas, espesas, que acentuaban aún más su inquieta mirada. Tenía talento y era intuitiva. Tenerla allí le hacía sentir bien.

— Aquello es un puto infierno. ¡Una puta pesadilla! Mariúpol ha caído. Su resistencia y valentía no han sido suficientes. Estábamos en la Plaza del Teatro. El suelo tembló. Una bomba rusa abrió un agujero. Luego más bombardeos. Edificios completamente destrozados. Había cadáveres por todos sitios. Corrimos al refugio. Todo se volvió lento y frenético a la vez. La luz del día iluminaba la devastación del corazón de la ciudad, reducida a montañas de escombros y dolor. Dentro de sus entrañas, los cuerpos destrozados de sus hijos. Cuando todo estaba en aparente calma, vi como una madre acunaba a un niño, lo apretaba fuerte contra su pecho mientras le susurraba una canción. Ella había entrado en shock, el pequeño estaba muerto.

Silvia conocía cada uno de los horrores que salían atropellados por la boca de su amigo. Sus imágenes habían llegado de una forma casi inmediata. Miguel era un hombre muy entregado a su trabajo. A pesar de las precauciones, había estado a punto de morir en más de una ocasión. Informar era su vida. El chaleco antibalas su segunda piel.

Giró la cabeza y cerró los ojos. Necesitaba sacudirse los saqueos, los asesinatos y el miedo. Esa pausa la aprovecharon los dos para volver al olor del café. Masticaron despacio, alargando cada trozo del pan tostado empapado en aceite.

— Esta noche es la gala para la entrega de premios Ortega y Gasset. Aquí están las invitaciones. — De su bolso sacó un sobre rojo con inscripciones en color dorado.

— No, no me hagas esto. Sabes que detesto estos eventos. — Había en su voz un tono enfurruñado del que Silvia no se percató.

— No puedes faltar. Tú fuiste el ganador del año pasado. Te prometo que en el momento que podamos nos pondremos la capa de invisibilidad y nos iremos a beber mojitos al *Picalagartos* hasta que nos echen a escobazos.

— Y ¿no podemos empezar directamente por la segunda parte? Luego después de los mojitos...

__ No __ respondió tajante. Mientras, de su bolso sacaba otro sobre. Éste era más grande. __ Aquí tienes lo que me pediste. La documentación de los deportados a Francia tras la guerra civil. Encontré los cuatro nombres. Todo está en el archivo *Arolsen*.

Se sostuvieron las miradas robándose promesas. Una incipiente alegría le invadió.

__ Eres un mago prodigioso del objetivo. No sé lo que te traes entre manos, pero intuyo que será bueno. Muy bueno.

Sopesó el contenido del sobre, agitando todavía lo inexistente. Deslizó las manos por su enmarañada melena negra.

__ Creo que necesito un corte de pelo para la gala de esta noche. __ Sonrió.

Fuera, amortiguadas, se escuchaban voces. Cruzando la plaza, una multitud se manifestaba por la libertad. ¡No a la guerra!

La fiesta estuvo presidida por un suntuoso banquete. Después de la entrega de premios se alejaron del ajetreo de los focos y los micrófonos. La noche se iba despeñando sobre las calles de Madrid. Había llovido y aún quedaban nubes vagabundeando sin dirección por el cielo. Desde lo alto de la terraza el ruido del tráfico llegaba atenuado.

La Gran Vía deslumbraba de belleza. Un viejo sol lanzaba sobre ella sus últimas pinceladas. Sin embargo, Miguel tenía la sensación de estar en un escenario impersonal, como si no se hallase en ninguna parte. En el atardecer de su existencia, sintió el éxito y por primera vez el cansancio. Los años pasados, atrapando con su cámara el dolor ajeno, la injusticia y el miedo. Él era uno más en ese escenario devastador. Una ficha con la oportunidad de ponerse en seguro y de abandonar el tablero para regresar a casa. Nunca se había implicado tanto. Quizás tenía la certeza de haber llegado al final del camino. Un velo húmedo empañó sus ojos.

Silvia atrapó las ausencias de su valioso amigo.

__ Cómo me gusta el olor a lluvia.

__ Petricor, recibe el nombre de petricor. __ Moduló lentamente las palabras mientras miraba por el rabillo del ojo a la mujer. Allí estaba. Su refugio. Ella sonrió con sus hermosos ojos dorados.

__ Sí, claro. Pero suena más poético: el aroma a tierra mojada.

Se volvió despacio sosteniendo la copa en silencio. Sin una palabra que rompiera la magia de tenerla delante. Contemplando su imagen, de repente tan necesaria. Ella le sonrió desde el corazón y acarició el momento ingravido suspendido en un hilo de seda. Un escalofrío recorrió su espalda. Era su miedo. No se permitió que él la sintiera temblar. Lo miró, maternal.

__ ¿Cómo lo haces? ¿De dónde sacas el aplomo y la serenidad para volver una y otra vez?

__ Llenando el corazón de piedras. Ellos me dan la fuerza. Somos los ojos y la voz que traspasa fronteras pidiendo su clemencia. Caminamos a su lado, en las hileras de los miles que buscan refugio, cargando con lo poco que han podido llevarse de sus casas.

Padecemos sus heridas. Lloramos y gritamos su impotencia cuando se separan de sus familiares con la esperanza incierta de volverse a encontrar. Morimos con sus muertos.

Desvió su mirada hacia el cielo. Una esfera infinita rompía su oscuridad. Rozó con sus dedos la mano de Silvia.

— Si tuvieses que huir de aquí, dejando tu casa, tu trabajo, tu vida... ¿qué meterías en una maleta?

No pudo contestar. Estaba cargada de sentimientos indecisos. No sabía qué metería en ella, ni hacia dónde huiría. Lo que ahora, después de tanto tiempo tenía claro, es con quién lo haría.

Se abrazaron derramándose las ganas. Pegando sus caras, sus respiraciones y el anhelo de unir sus bocas. Sosteniendo palabras aguantadas.

El sonido del móvil interrumpió el deseo colgado en el tiempo.

— ¿Madre?... sí, claro mañana...pues a la hora de comer... ¿galianos?... estupendo... no, iré solo...un beso, hasta mañana. Descanse madre.

Con un mes de Julio recién estrenado, la autopista presentaba el aspecto de un gran hormiguero. El tráfico era denso en ambos carriles. Bajo sus gafas de sol una alegría juvenil renacía en sus ojos. En el interior del coche palpitaba un deseo vivo que olía a ella. En la radio las últimas noticias sobre la guerra en Ucrania. Cambió de emisora. No podía dejar que nada perturbase el recuerdo de la noche anterior. No le había hablado. No le había dicho que nunca le había fascinado así una mujer. No había hecho falta. Subió el volumen de la música para acallar sus propios reproches.

Tomó la salida de la vía a la altura de Valdepeñas para coger la CM-412. Una vieja nostalgia inundó su corazón. Hacía casi once meses que no veía a su madre. Añoró su calor y el de su casa. El pueblo, su gente. La sencillez. El color de la tierra abrió sus sentidos aislándolo del mundo. A la gama de verdes de los viñedos y olivos le siguió un mar de cereal. Campos dorados que se perdían en el infinito. Muchos de ellos con la cosecha ya finalizada, salpicados de alpacas de paja. El volante marcaba el giro de sus pensamientos, y se vio de niño correteando entre el trigo, arrancando las espigas del camino. Al lado de su padre. Subido en el tractor junto a él era el más poderoso del mundo, y el más feliz. La cosechadora segaba los campos. Y en la era abientaban el grano. Le gustaba secarse el sudor de la frente como lo hacía su progenitor, con el brazo bien estirado. Saciando la sed con un buen trago de agua del botijo.

Su recuerdo hizo que por un momento clavase la mirada en el sobre que le había dado Silvia. El sobre que le acompañaba en el asiento de al lado. Un sobre con latido propio.

La señal con el nombre del pueblo volvió a conectarle con el mundo. Las casas encaladas de Villahermosa parecían darle la bienvenida. Atravesó el pueblo por la Avenida de Castilla la Mancha. A esas horas, bajo la calima sofocante, estaba desértico.

Un perro tumbado a la sombra levantó la cabeza al ruido del motor. Giró a la derecha hasta llegar a la plaza de España, otro giro a la izquierda y allí estaba la calle Pretorio. En la puerta una botella de butano.

Se fundieron en un abrazo. Besos y achuchones. Se separaban un rato para observarse, ella para verle más delgado, él a ella también. La una lo veía delgado en carnes, el otro la veía más delgada de vida. Más besos y más abrazos para reforzar las costuras del tiempo roto. Aspiraron el aire con fuerza.

__Vamos hijo, siéntate a comer. Te he preparado gazpacho con tomates y pepinos de la huerta del tío Manolo.

Mientras se alejaba por el pasillo hacia la cocina la oyó suspirar. Un suspiro que en la soledad de la casa hubiese sonado a resignación y lamento. Pero con el hijo cerca sonó a gratitud a lo divino y tranquilidad a su corazón.

__Madre te voy a dar una buena noticia. Voy a...

__Te vas a casar con Silvia. ¡Alabado sea el Señor! Siempre me gustó esa muchacha. Tan elegante... si es que me lo decía el corazón...

__Madre, madre...que no, no quería decirte eso __. Trató de ocultar el rubor de su cara tras las manos __ esa historia la dejamos para otro momento. Lo que te quiero decir es que voy a dejar el periodismo, o por lo menos, voy a dejar de hacerlo como hasta ahora lo estaba haciendo. No más viajes lejos de mi casa y de mi tierra. Me quedaré cerca para estar contigo __. Miró sus pupilas ambarinas que se derramaban tras sus gafas de vista cansada. La abrazó fuerte y durante ese instante tuvo la sensación de tenerlo todo.

__Miguel, no sabes lo feliz que me siento. ¿Dejarás tu carrera?

__No, seguiré ejerciendo el periodismo, pero de otra manera. Además, quiero cumplir una promesa que le hice a padre y que no pudo ver terminada. Voy a reanudar la novela que empecé a escribir antes de su muerte. Lo haré por él, por el pueblo y por todos los nombres que fueron silenciados durante tanto tiempo.

“Archive Arolsen. International Center on Nazi Persecution”. Repasó la lista que Silvia le había facilitado. Allí estaban los cuatro nombres y todos los datos que tanto había buscado. Abrió el portátil. Una luz azul le iluminó la cara. Posó el cursor en una carpeta que tenía por nombre:

Campos de trigo rojo.

Julián la miraba a ella. La miraba bañado de amor. Él sentado bajo la parra, ella tendiendo las sábanas, blancas como su piel. Movidas por el aire la abrazaban ciñéndose a su cuerpo, como si quisiesen bailar con ella. Se acercó por detrás y rodeó su cintura acariciando el vientre preñado. Rozó su nuca con los labios.

__¿Te he dicho que te quiero? Con toda mi alma. Más que a mi vida.

__Pero si tú no tienes alma, que me lo has dicho muchas veces. __ Sonrió con la boca y con los ojos. Un beso húmedo, susurrado. Sus cuerpos bellos y jóvenes llenos de deseo. __Yo también te quiero, los dos te queremos. Eres un buen marido y serás el mejor padre del mundo. Anda ve a limpiar la liebre que trajiste, voy pelando unas patatas.

Cogió el animal y lo abrió en canal sacando las tripas y las vísceras con la ayuda de la navaja. La hoja afilada cortaba los músculos. Un reguero de sangre en el suelo...

Un sabor metálico en la boca le despertó. Intentó tragar saliva. Abrió los ojos, desorientado, le dolía la cabeza. Apenas podía moverse. Sangre reseca en los labios y en la nariz. Un vaivén mecía su cuerpo. Sus ojos volvieron a cerrarse y de su garganta sólo brotaba un nombre... "María, María... el niño... María". Deliraba por la fiebre. Oía voces como la suya. Lamentos de dolor y miedo. Un estado de inconsciencia le volvió a atrapar.

A Villahermosa llegó la noticia de que la guerra terminaba. Franco había ganado. Se imponía su régimen. Se avecinaban tiempos de huida, derrota y exilio.

Aquel día, el pueblo parecía negociar una paz clandestina. Daba la sensación de estar abandonado. La amenaza ensordecedora se intuía. Llegaron como salidos de la nada. Se oyeron los primeros disparos. Después el caos y la muerte. A los que no daban un tiro en la cabeza se los llevaban presos en camiones. Muchos salieron de sus escondites y corrieron hacia los campos de trigo. Entre ellos Julián. Se tiró al suelo, cerca de allí una mula pastaba ajena a la masacre que se venía encima. Llegaron las voces sin rostro, las de los traidores. Comenzó la matanza. Una bala reventó la cabeza del animal que cayó muerto sobre Julián. Un charco de sangre empezó a empapar la tierra y su cuerpo. Después más disparos. Más sangre, la de la muerte prematura y cruel empezó a cubrir los campos de trigo, tiñéndolos de rojo. En el cielo el atardecer se tintaba del mismo color. El silencio se hizo dueño de los muertos. Amparado por una noche sin luna, echó a correr. Solo una vez volvió la cabeza para mirar la vida que dejaba. Ahogando su llanto se perdió en la oscuridad.

"Julián, Julián. Contesta. ¡Julián!"

En su delirio reconoció la voz de Manuel. Poco a poco su consciencia iba despertando a la realidad. Sumergido en la peor pesadilla de su vida, sus sentidos le dejaron sentir el duro suelo donde yacía. El olor a estiércol y muerte hicieron que su cuerpo comenzase a temblar. En la penumbra pudo ver otros bultos amontonados, algunos se movían retorcidos por el dolor, otros permanecían inmóviles, con la rigidez que deja la muerte. Ya sabía dónde estaba y hacia dónde se dirigía. Oyó las ruedas deslizarse por los raíles. Una arcada seca removió sus entrañas y con una esperanza estéril buscó a sus amigos.

El día en que los campos de trigo convulsionaron, Julián llegó a Villanueva de los Infantes. Estuvo escondido en la casa de Don Rafael el médico el tiempo suficiente para no ponerle en peligro. Allí se encontró con Manuel, Serranillo y José. Con documentación falsa huyeron hacia Cataluña en una ambulancia. Las cosas se habían puesto muy feas, pero pudo saber que su mujer y su hijo estaban bien. Su idea de lucha no había terminado.

Por la carretera el escenario era dantesco. Perfilaban las cunetas una multitud de gente desesperada caminando hacia la frontera. Con sacos y maletas vacíos de la vida que ya habían perdido. Mujeres, niños y viejos arrastraban miedo y miseria a partes iguales. Era una procesión apocalíptica hacia el juicio final, muchas veces caminando

entre cadáveres. En silencio, sólo roto por el llanto de los más pequeños. El grito desgarrador de los inocentes. Algunos hombres cargaban en sus espaldas a los mutilados.

Llegaron a La Jonquera, la puerta del exilio. Cruzaron la frontera a pie, junto a una marea de miedo y dolor. Dejaron su tierra y sus vidas quedaron fuera del tiempo, con la esperanza de que sólo era algo pasajero. Con las ganas de seguir su lucha por la causa, desde donde creían conseguir una victoria que les daría la libertad.

Habían dejado un infierno para acabar en otro.

El tren se detuvo y una luz cegadora los recibió. Estaban los cuatro abrazados, pero sólo tres bajaron de ese vagón, con vida. El juicio final parecía haber llegado frío, como el hielo que caía del cielo gris. La culata de un rifle le golpeó la espalda. Gritos de soldados alemanes, disparos, focos y más gritos. El miedo les hacía correr entre las risas de sus verdugos. Un dolor punzante le subía desde su tobillo izquierdo, había olvidado que poco antes de subir al tren del infierno se lo había fracturado cuando intentaba huir de la barbarie. Dénudos en el centro de un patio, entre barracones, rodeados de muros electrificados, les rociaron con azufre. Julián miró a sus amigos que exhalaban como él bocanadas de vida. Bajo la nieve que caía parecían esculturas marmóreas. Al fondo, en aquella pesadilla, los hornos crematorios del odio. Chimeneas por las que escapaban almas con formas de mariposas negras, pétalos de sangre convertida en cenizas.

Los días se arrastraban por el suelo, húmedos y desteñidos. Ya habían pasado dos años y algunos meses en los que su lucha en la capital francesa había fracasado al entrar las tropas nazis con Hitler al mando. Dos años y algunos meses en los que la Gestapo los había apresado como animales, despojándolos de libertad y de dignidad para siempre. Dos años y algunos meses en los que fueron deportados al campo de exterminio en Mauthausen. Lo único que los mantenía vivos eran los recuerdos. Se aferraban a su memoria para no caer en la locura. Habían sufrido verdaderas atrocidades a manos de aquellas bestias que se creían personas. Los más débiles, entre rezos, pidiendo perdón por sus pecados, se lanzaban contra las alambradas electrificadas.

Por la noche dormían abrazados. Los cuerpos adelgazados intentaban licuar el calor que les devolvía su alma. Entre una marea de podredumbre intentaban reconciliarse con la vida. Arcadas de lágrimas secas en el aire para tomar conciencia de lo frágil que es la mera existencia, y sentir el peso de la muerte. Julián les acicalaba los fantasmas y los miedos. Con un temblor de labios disimulado les hablaba de la tierra que tanto amaban. De Villahermosa, de su olor a huerta; de sus campos que estaban esperándolos para ser cultivados; de las parras repletas de uvas y de las aceitunas negras que en invierno vareaban. Escribían cartas que luego se las daban a Pierre, un contable francés testigo de Jehová que trabajaba en el área de recepción de los trenes, contabilizando el número de prisioneros judíos que llegaban al campo.

En aquellas cartas olvidaban por un instante dónde estaban y les hablaban a sus madres de la lucha y de todo lo que estaban consiguiendo. Que pronto les llegaría la libertad y volverían al regazo de un mundo nuevo. Con palabras susurradas recordaban a las esposas las poesías que relataban en las noches de verbena. Les rogaban fuerza para no caer en el olvido. Entre lágrimas pedían perdón a los hijos por la ausencia de

tantos y tantos atardeceres que quedaron entre sombras. Imaginaban sus rostros acariciando las lágrimas caídas en renglones llenos de promesas.

Algún día llegarían ellas, amarillentas, garabateadas, incompletas... Llegarían ellas, sin sus dueños, sin los remitentes. Las cartas portadoras de testimonios incompletos de sus últimos días en los campos del infierno. Cargadas de abrazos para las madres, esposas e hijos...

Por la paz de los muertos.

__ Miguel, Miguel hijo despierta, ya casi es mediodía. Seguro que anoche te fuiste otra vez tarde a la cama.

La luz que entró por la ventana le pegó de lleno en la cara. Un sol pesado se filtró por los visillos derramándose por toda la habitación.

__ Madre, ya está. Ya lo terminé. *Campos de trigo rojo*, pronto verá la luz.

__ ¿Sí?, pero mira qué ojeras tienes...tendré que leerlo. Qué contenta estoy y qué orgulloso se hubiera sentido padre. Me he puesto hasta nerviosa... ¡qué tontas somos las viejas!...

__ Ven aquí anda, tú no eres vieja y mucho menos tonta. __ Abarcó con sus brazos el cuerpo delgado. El pelo desteñido por la vejez le olió a lavanda. Las campanadas que llegaban desde de la plaza, interrumpieron el beso apretado y profundo. Sus recuerdos infantiles se reblandecieron con aquel sonido que tantas veces había marcado la hora de la merienda, del juego, de la cena y la de irse a dormir.

__ Miguel, ya que en tu libro hablas de la guerra, de la nuestra, quería regalarte algo que en su día me dio tu abuela María Francisca. Como bien sabes, al abuelo lo mataron después de los años de cárcel y a tus tíos también. Tu padre era muy pequeño y aquello le hizo crecer de golpe. Había mucho miedo y también mucha desconfianza.

Salió de la habitación con pasos apresurados, marcando el misterio. No tardó en volver, traía en sus manos una caja de metal. Miguel reconoció enseguida el objeto que le devolvió a la memoria una canción y el sabor de muchos desayunos. Cómo le gustaba destaparla y meter la cuchara hasta el fondo para sacarla colmada de cacao. “*¡mamá! ¡mamá!, mira mi boca, está llena de Cola Cao*”

Retiró una capa de polvo y de olvido. Retales de toda una vida empujaron con fuerza la tapa. De rodillas en un reclinatorio, con un libro entre las manos, un niño vestido de comunión les devolvió la mirada. Fueron repasando cada una de las fotos. Vidas domésticas en color sepia. En una de ellas, rodeados de geranios, unos novios sonreían a la cámara. Llevaban sueños pegados a sus ojos. Madre e hijo repasaban las imágenes como quien mira una película de cine mudo, con la emoción contenida.

__ Qué solitarias son las fotografías de los muertos __ Lloró los recuerdos con un pulso lento.

__ Madre, aquí quedamos nosotros para barnizar su recuerdo. Son la marca de nuestro paso por la vida, las voces de nuestros antepasados. Estas imágenes forman parte de nosotros y me siento muy feliz por ello __ con una sonrisa alargó la mano para coger una a color. En ella un niño con pantalón corto y camiseta de tirantes. Una mano agarraba la de su padre y la otra sostenía un polo de limón mordido por los laterales. La foto había

sido tomada delante de una puerta de la que colgaba una cortina. A los lados unas cajas con tomates, melones, patatas...y una romana.

__ ¿Te acuerdas Miguel? Esta era la tienda de la Dolores de Francisquete, te encantaba ir allí. Decías que olía a pimienta y a sardinas.

__ Sí, y las magdalenas que vendía estaban riquísimas__ relamió el recuerdo con los ojos cerrados__ y los hornazos para San Marcos... ¡hum, deliciosos!

__ Cada vez que la abuela te daba unas pesetas, salías disparado a comprar cromos y chupachups, de esos que estaban rellenos de chicle y te ponían la lengua colorada.

Escondieron sus lágrimas y se perdieron por unos instantes en la alegría de tenerse el uno tan cerca del otro.

Aplazando aquel momento, unos dedos torcidos por los años, sacaron del fondo de la caja un sobre. Abrirlo era como hurgar entre los escombros del pasado para llegar al tuétano del dolor más injusto. Ante sus ojos el testimonio de la rabia, el miedo y el luto más amargo de una mujer. El lamento de una guerra.

Junto a una caligrafía bien dibujada, Miguel corrió por las calles campesinas junto a su abuela aquel 17 de Julio. Valiente, decidida y desesperada llegó a Infantes deseando que el rumor que le sacudía las sienas fuera incierto. A las puertas del cementerio se encontró con el horror de la muerte prematura. Veintitrés cuerpos desordenados yacían en un paisaje desolador. Vahos de muerte se intercalaban en el aire con los gritos desgarradores de la madre y esposa. En aquella sepultura dejó su corazón. Miguel sintió una pena inmensa y también se despidió en aquella fosa de sus parientes y de todos los desterrados de la vida. Con un ritual de silencios gritados pidió perdón en nombre de los que reprimieron sus ganas y no lo hicieron.

Cuando terminó de leer la carta que había redactado su abuela, por sus ojos se derramaban lágrimas ya lloradas.

__ Madre, esta es la sombra del tiempo a la que ha llegado el momento de dar la luz. En este legado está la verdadera memoria de nuestra historia. De nuestro pueblo. En todos los conflictos hay y habrá crímenes de guerra que quedarán impunes. La muerte de muchos inocentes seguirá dejando huérfanos a sus hijos mientras el mundo no cambie.

Ahora vamos a comer, pero hoy te invito yo. Me muero por unas raciones en el mesón de Ruperto, y una cerveza bien fría. Después les daré un buen lugar a estas cartas.

"Campos de trigo rojo"

.....

GRACIAS

Hay madrugadas que llegan de pie. Como esta, especialmente, en la que me aseguro de que mi historia quedará bien cimentada. Rodeado de lo cotidiano, algunas

veces convulso y devastador. Agradezco estas cartas, a mis antepasados, con el firme deseo que estén en Paz.

"Villahermosa, 1939.

A su esposo e hijo

*El primer día de Abril
Qué día tan señalado
Llamó la guardia a mi puerta
Y a mi hombre se llevaron.*

*Lo metieron en la cárcel
Cosa que nunca esperaba
Porque en la cárcel se meten
Las personas que son malas.*

*En la casa de "Chaparro"
Debajo de la escalera
Allí tenía otro hermano
Ahí qué dolor y qué pena.*

*Y se juntó con su hijo
Y por hacerle penar
A su hijo lo metieron
En el cuarto de la sal*

*El día 15 de Abril a las cuatro de la tarde
Llevaron un camión a la puerta de la cárcel
Los sacaron maniatados y no podían subir
Y ellos los empujaron con el culo del fusil.*

*En las esquinas pusieron
De guardia los nacionales
Para que no se asomaran*

Ni los hijos ni las madres.

*Se los llevaron a Infantes
Como si fueran corderos
Y allí los enchiquraron
Derechos al matadero.*

*Los tuvieron cuatro meses
Haciéndoles de penar
Y el 24 de Julio mandaron a fusilar.*

*Despidiéndose de otro
Que en la cárcel se dejaba
Hijo de mi corazón
Hay padre de mis entrañas.*

*Hijo de mi corazón
Si tú te puedes salvar
No olvides a nuestra madre
Yo no la puedo amparar.*

*Sus ojos eran dos fuentes
De su casa se acordaba
Que se dejaba ocho hijos
Y su esposa desgraciada.*

*Ya estaba para morir
Y gritaba fuertemente
No me matéis a mi hijo
Que muere inocente.*

*Porque yo voy a morir
Inocente como él
Pero muero muy a gusto*

Porque la dejáis a él.

*Que le vendaran los ojos
Que lo pedía con ansia
Por no ver el asesino
Del hijo de sus entrañas.*

*Fusilado me he visto
Y con mi hijo a la par
Pero tengo aquel orgullo
Que ha sido por ideal.*

*Tanto tiempo paseando
En la carretera de Infantes
Con hambre y mucho frío
Y hemos sacado bastante.*

*El 17 de Julio que en memoria lo tendré
Que en las cabezas de Infantes sin aliento me quedé
Miré para el cementerio y el movimiento que vi
Parece que me dijeron tu hijo lo tienes allí
El primero que me encuentro fue don Paco pasearse
Y le dije qué pasaba con los pobres de la cárcel
Le pregunté por mi hijo con mucho temor
Y con miedo me dijo que se habían marchado todos para el
cementerio*

*Al suelo caí redonda sin haber quien me amparase
Me levanté como pude, me marché para la cárcel
Le pregunté a la guardia que me sacaran la manta
Para limpiar el cadáver del hijo de mis entrañas
Marché para el cementerio, y yo sin poder andar
Y me metí en una casa porque siempre hay caridad
Me bebí un poco de tila, y yo sin saber qué hacer*

Con el ansia que llevaba casi me hacía correr
Al entrar al cementerio la vista ya se me iba
Entre 23 cadáveres mi hijo yo no lo vi
Ya se me pasó el mareo y la vista la extendí
Me encontraron con mi hijo hay que pena lo que vi
Hay qué pena y qué dolor encontrarte un hijo así
Y yo solita con él todo lo que pude sufrir
Y ya sin saber qué hacer me quité una saya
Para liar el cadáver del hijo de mis entrañas
Al pie de su sepultura la rodilla clavé
Si a mí me hubieran dejado allí me quedo con él
Qué pena y qué desconsuelo, de los tres que tenía
Dentro de las fuerzas ya me faltaban de sufrir
Aquellos momentos hijos míos de mi vida
Hombre de mi corazón me encuentro en el cementerio
Con mucha pena y dolor, adiós, hijos para siempre
Adiós les vuelvo a decir que la guardia me echa fuera
Y ya me tengo que ir con lágrimas en los ojos
De vosotros me despido, que me dejo para siempre el calor de
mis hijos.

Adiós, esta que lo es María Francisca."

*En estas páginas recojo las historias de los que se perdieron en el camino a destiempo.
Las escribo con la voz de los que quedaron.*

*En memoria de Julián, Anepodisto, Manuel Benito, José Tomás y por todos los que fueron
historia en esta, que nunca tuvo que ser, nuestra guerra.*

El acto de presentación de *Campos de trigo rojo* tuvo lugar en el Ayuntamiento de Villahermosa. Miguel, lejos de su satisfacción y orgullo, se encontraba en paz. Había

cumplido la promesa que un día le hiciera a su padre. Además, había desenterrado del olvido unas vidas que quedaron mudas muy lejos de su tierra. Asistieron autoridades políticas de la zona y profesionales de la prensa local, vecinos, familiares y amigos. Pero su felicidad se debía a la presencia que tanto deseaba. Silvia estaba radiante. Había llegado ese mismo día con una gran maleta.

Pasearon sin poner palabras. Miguel pensó que era el momento de escribir otra historia, una de amor. Apretó la mano que llevaba cogida, latía con la misma fuerza que él. Le gustaba ese momento del día en que acababa la tarde y una luz agónica pintaba todo de color púrpura.

__He visto miles de atardeceres distintos y como los de aquí, los de la Mancha, ninguno.

__Te doy la razón Miguel. Es espectacular, tremendamente hermoso.

Se quedaron en silencio observando la secuencia, hipnotizados por aquel abanico cromático, hasta que el sol, grandioso, se posó en los campos de trigo tiñéndolos de rojo.

Permanecieron inmóviles hasta que el astro desapareció, como obedeciendo al misterioso mandato de la noche. Durante un instante eterno se miraron y tuvieron la certeza de que se amaban.

FIN